

## Putin frente a las debilidades de Biden

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador y politólogo

No era la primera vez que Putin y Biden se veían las caras, puesto que ya lo habían hecho anteriormente siendo este último vicepresidente de Obama. Había, en consecuencia, muchas expectativas por esta reunión entre iguales después de que la relaciones entre las dos potencias se habían deteriorado sensiblemente. Hasta el punto de la retirada de embajadores tras haber declarado Biden en televisión que sí creía que Putin era un asesino. Pocos resultados se esperaban de la conversación que ambos tuvieron en Ginebra hace unos días. No obstante, han logrado restablecer relaciones diplomáticas plenas, que, a día de hoy, no es poco. Por lo demás, apenas se produjeron avances en temas como ciberseguridad (cuando Washington acusa a hackers rusos de los últimos ataques a instalaciones estadounidenses estratégicas), derechos humanos o Ucrania. Sin duda, en estos aspectos, Putin, quien ha visto desfilar a varios mandatarios norteamericanos, iba bien preparado y conocía perfectamente las debilidades de su interlocutor. Desde los setenta, Biden es el presidente que, para bien o para mal, se ha hecho cargo de una doble herencia. Por un lado, la de la Administración Obama y, por otro, la de Trump. Antes que a él le había sucedido algo parecido a Nixon, vicepresidente de Eisenhower entre 1953 y 1961, pero que no accedió al Despacho Oval hasta 1969, tras los sucesivos mandatos demócratas de Johnson y Kennedy. La diferencia, sin embargo, entre Nixon y Biden, aparte del contexto histórico que le tocó vivir al primero, radicaría en la estafalaria presidencia de Trump, que ha hecho saltar por los aires consensos básicos con independencia del partido que gobierne.

Pues bien, esta mochila que Biden tiene a sus espaldas es fundamental para entender lo sucedido en la ciudad suiza y el tablero mundial en el que nos movemos. Empezando por los derechos humanos, estaba cantado que a las exigencias de liberar a Navalni Putin le respondería con Guantánamo. Aquí partimos de la base de la diferencia entre unos sistemas democráticos y otros totalitarios, autoritarios o híbridos, como es el de Rusia. En los primeros el respeto a los derechos humanos debe ejercerse de forma exquisita y, desgraciadamente, en el caso de Estados Unidos, tras la Segunda Guerra Mundial, no ha sido así. Basta recordar lo sucedido en Corea o en Vietnam, por ejemplo, o las operaciones encubiertas de la CIA para participar en golpes de Estado o, más recientemente, el limbo jurídico en que se encuentran los presos de Guantánamo o lo acontecido en cárceles tristemente famosas, como Abu Ghraib, en Irak. Obama prometió cerrar Guantánamo y ahí sigue. Por lo tanto, reclamar la liberación de Navalni teniendo ese baldón al cuello fue un brindis al sol y Putin no hizo sino aprovecharlo, aunque yo sigo sin explicarme muy bien qué pretende con su encarcelamiento, cuando tiene el poder perfectamente amarrado.

Y de la misma manera supo aprovechar el affaire de Ucrania, un legado envenenado de Obama. De hecho, desde entonces, este país se ha convertido en un actor clave para comprender las relaciones entre Rusia y Occidente en general, no sólo con los Estados Unidos. Tras la implosión de la Unión Soviética, muchas de sus ex repúblicas se acercaron progresivamente a Occidente, ingresando en la Unión Europea y en la mismísima OTAN, desmoronándose aquello por lo que Stalin había peleado denodadamente al final de la Segunda Guerra Mundial: crear un cinturón de seguridad a base de estados-tampones. Eran los años del marasmo de la presidencia de Yeltsin, cuando Estados Unidos vio la ocasión de extender su influencia en la Europa oriental. Con la llegada de Putin al Kremlin, las cosas empezaron a cambiar, tratando de poner

freno a semejante expansión y rebatiendo ese mundo unipolar del que se hablaba en Washington. El nuevo dirigente ruso cuestionaba el “fin de la historia” planteado por Fukuyama.

Pese a todo, durante mucho tiempo Rusia ha ido cediendo terreno, si bien una cosa está clara: no permitirá la ampliación de la OTAN a Ucrania, porque esto supondría dejar de ser un imperio euro-asiático. Y aquí radica precisamente su valor estratégico. Obama, sabedor de la traslación del eje geoestratégico mundial hacia el Lejano Oriente, menospreció a Rusia agitando el avispero ucraniano, fomentando un golpe de Estado contra Viktor Yanukovich. Así, detrás de las manifestaciones pro-occidentales del Maidán estaban miembros de la Administración Obama, empezando por la asistente para asuntos europeos del secretario de Estado y el embajador norteamericano en Kiev. Temiendo por su vida, Yanukovich huyó a Rusia y fue sustituido, en primera instancia, por Alexandr Turchínov como presidente y Arseniy Yatsenyuk como primer ministro y favorito “casualmente” de la Casa Blanca. Es en este nuevo contexto de un ejecutivo claramente rusófobo en el que se dieron la sublevación de Donetsk y Lugansk y la toma de Crimea y Sebastopol a manos de Rusia. Y es que, como señalara Henry Kissinger a Der Spiegel, “Ucrania ha tenido siempre una importancia especial para Rusia. Fue un error no tener eso cuenta”. Ni lo tuvo Obama ni lo tuvo Biden y eso también afloró en la pasada conferencia.

22 de junio de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 8 de julio de 2021, p. 30